En un mundo donde el diálogo interreligioso es cada vez más promovido, los católicos nos encontramos en una encrucijada: ¿cómo responder a festividades y prácticas religiosas ajenas a nuestra fe sin comprometer la verdad del Evangelio? Un caso particular es el Ramadán, el mes sagrado del Islam, donde millones de musulmanes en el mundo practican el ayuno, la oración y la caridad con especial intensidad.

Como católicos, estamos llamados a la caridad y al respeto hacia quienes no comparten nuestra fe, pero esto no significa caer en el relativismo o diluir la verdad de Cristo en una falsa hermandad religiosa. La clave está en comprender nuestra fe, afirmar la supremacía de la revelación cristiana y, al mismo tiempo, ejercer la virtud de la caridad en la verdad.

¿Qué es el Ramadán y qué representa para los musulmanes?

El Ramadán es el noveno mes del calendario islámico y es considerado por los musulmanes como el período en el que Mahoma recibió la primera revelación del Corán. Durante este mes, los musulmanes ayunan desde el alba hasta la puesta de sol, se abstienen de ciertas acciones y realizan oraciones especiales. Se promueve la limosna y el esfuerzo por ser mejores personas.

Si bien hay elementos superficiales que pueden parecer similares a nuestras prácticas cristianas, como el ayuno o la caridad, la teología detrás del Ramadán es radicalmente diferente a la visión cristiana de la salvación y la relación con Dios.

¿Debe un católico participar en el Ramadán?

En algunos ámbitos eclesiásticos modernos se ha promovido la idea de que los católicos pueden unirse a la práctica del Ramadán como una forma de solidaridad o respeto. Sin embargo, esta postura es problemática por varias razones:

1. **El ayuno cristiano no es el ayuno islámico**
   En la tradición cristiana, el ayuno tiene un sentido de penitencia, purificación y unión con el sacrificio de Cristo. Jesucristo mismo nos enseñó que el ayuno debe ser discreto y sin ostentación (Mt 6,16-18). En cambio, el ayuno islámico es una práctica obligatoria que busca méritos ante Alá, dentro de una concepción legalista de la religión.
2. **Diferencia fundamental en la imagen de Dios**
   Mientras que el Dios cristiano es un Padre amoroso que se reveló en Jesucristo, el islam presenta una visión de Dios distante, impersonal y absolutamente trascendente, sin

posibilidad de encarnación ni de relación filial con la humanidad. Participar en el Ramadán sin esta conciencia puede llevar a la confusión sobre la verdadera naturaleza de Dios.

3. **El peligro del sincretismo religioso**
   San Pablo nos exhorta: *«No os unáis en yugo desigual con los infieles»* (2 Co 6,14). La tendencia moderna de igualar todas las religiones como si fueran caminos equivalentes a Dios es un error grave. Cristo es *«el camino, la verdad y la vida»* (Jn 14,6), y no hay salvación fuera de Él.
4. **¿Ayunar en el Ramadán para evangelizar?**
   Algunos argumentan que unirse al Ramadán puede ser un gesto de acercamiento para evangelizar a los musulmanes. Sin embargo, esto solo refuerza la idea de que todas las religiones son similares. La verdadera evangelización no viene de mimetizarse con otras religiones, sino de mostrar con valentía la plenitud de la fe católica.

¿Cómo debe un católico relacionarse con el Ramadán y con los musulmanes?

La Iglesia nos llama a ser testigos del Evangelio en toda circunstancia. La relación con los musulmanes debe estar marcada por el respeto, pero también por la claridad doctrinal. Aquí hay algunas pautas prácticas:

1. No ceder ante la corrección política

El respeto no significa callar la verdad. Si nos preguntan sobre el Ramadán, debemos explicar por qué nuestra fe es diferente y por qué solo en Cristo hay salvación. Recordemos las palabras de San Pedro: *«Estad siempre preparados para responder a todo el que os pida razón de vuestra esperanza»* (1 Pe 3,15).

2. Testimoniar con nuestra propia penitencia

Los católicos tenemos nuestra propia disciplina de ayuno y penitencia, especialmente en Cuaresma. En lugar de participar en el Ramadán, podemos profundizar en nuestras propias prácticas y dar testimonio de la riqueza de nuestra fe.

3. Orar por la conversión de los musulmanes

Cristo murió por todos, y como católicos, nuestra misión es llevar el Evangelio a todas las naciones. Podemos aprovechar el Ramadán como un tiempo para rezar especialmente por la

conversión de los musulmanes a la verdadera fe en Jesucristo.

4. No caer en el indiferentismo religioso

Hoy en día, muchos cristianos creen que todas las religiones llevan a Dios. Esta es una grave desviación de la fe. Como dijo San Pío X: *«La religión católica es la única religión verdadera»*. No podemos traicionar a Cristo abrazando prácticas ajenas como si fueran equivalentes a la fe cristiana.

Conclusión: Firmes en la fe, caritativos en la verdad

Los católicos debemos amar y respetar a todos, incluidos los musulmanes, pero sin ceder en la verdad. El diálogo interreligioso no debe llevarnos a la confusión ni a la pérdida de nuestra identidad. Nuestra misión es proclamar con claridad que Jesucristo es el único Salvador del mundo y que fuera de Él no hay salvación.

En un tiempo en que el relativismo amenaza con desdibujar la fe, recordemos las palabras de Nuestro Señor: *«El que se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre también se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre»* (Mc 8,38).

Que nuestra respuesta al Ramadán no sea la tibieza del mundo moderno, sino la firmeza del testimonio cristiano. Con caridad, con respeto, pero sin concesiones.